

L A V O C A C I O N

Tan corriente es la creencia de que la vocación constituye la condición esencial—condición base—para todo buen maestro, sobre todo si se trata de Magisterio Primario, que vale la pena de analizar un poco en qué consiste esta *vocación*, a la que vulgarmente se considera como núcleo del que irradia todo el complejo de cualidades indispensables a quienes se ocupan sistemáticamente del ejercicio de la educación infantil.

VOCACIÓN, INCLINACIÓN, APTITUD

Vulgarmente suele considerarse a la vocación como inclinación irresistible hacia una actividad determinada para la que se está generalmente bien preparado y dotado.

Es decir, que este concepto corriente de la vocación engloba, y hasta pudiéramos decir que involucra, tres conceptos distintos:

El concepto de vocación,

El de inclinación y

El de aptitud.

En efecto, al considerar a la vocación como inclinación irresistible, identifica a la vocación con la inclinación. Y al sentar que se está bien dotado para la actividad o actividades por las que se siente inclinado, se afirma implícitamente la estrechísima correlación entre la aptitud y la vocación e inclinación. Es decir, que, según esta acepción vulgar, vocación, inclinación y aptitud se dan siempre juntas.

¿Es esto cierto?

Analicemos para comprobarlo.

LA INCLINACIÓN

La inclinación profesional es en realidad una profunda simpatía que sentimos hacia determinado género de actividad. Nos sentimos más inclinados, por ejemplo, a la investigación científica que a la arqueología, a las lenguas románicas que al periodismo. ¿Por qué? En realidad no lo sabemos bien. Las condiciones del ambiente influyen mucho en esta simpatía, pero también hay algo más. La simpatía es un poco instintiva. Corrientemente se supone que cuando sentimos inclinación por una actividad

es porque poseemos aptitudes para ella. Más tarde analizaremos esta cuestión detenidamente. De momento, baste con dejar sentado que normalmente sentimos casi siempre inclinación por varias actividades. Es decir, que las inclinaciones son múltiples y que no para todas se poseen idénticas aptitudes.

No es infrecuente el caso de que la moda, el favor que gozan en el ambiente, etc., determinen en los jóvenes—y hasta en los que ya dejaron de serlo—inclinaciones que se confundieron con vocaciones y para las que no servían en absoluto.

Ejemplo: El auge de la aviación ha determinado irresistible inclinación por esta profesión en muchachos carentes de buenas aptitudes para el vuelo. El favor que goza la ingeniería inclina por ella a multitud de jóvenes que distan mucho de poseer las cualidades intelectuales y caracteriológicas que la profesión exige, etc. Es decir, que en la inclinación cuentan de por mucho factores puramente sugestivos entre los que no son infrecuentes los de interés material. Es decir, que inclinación y aptitud no siempre coinciden, ni mucho menos.

Y si ahora analizamos inclinación y vocación, nos encontramos en primer término con que siendo la inclinación—según acabamos de ver—muchas veces superficial, determinada por factores sugestivos de ambiente, provecho, etc., no puede edificarse nada sobre ella sin estar seguros de que se trata de una inclinación seria y profunda. En otras palabras, que las inclinaciones son múltiples y con frecuencia pasajeras. La vocación debe, pues, ser algo más serio que estas inclinaciones que varían con las circunstancias. Así, pues, nos encontramos con que estos conceptos, que vulgarmente se involucran con tanta frecuencia, son en realidad cosa muy distinta.

LAS PROFESIONES Y LA VOCACIÓN

Tradicionalmente se consideran como profesiones profundamente vocacionales, por el orden en que las expresamos:

Al sacerdocio y profesión religiosa,

Al Magisterio y

Al ejercicio de la Medicina.

¿Por qué?

Sin duda porque el sacerdocio y profesión religiosa, al exigir la entrega absoluta a Dios—cosa en verdad fuerte—, supone tal fervor y tal espíritu de renunciamento, que sin poseer condiciones naturales para ellos y sin sentir la llamada irresistible no pueden soportarse. Porque el Magisterio supone dotes de generosidad, humildad y paciencia que llevan consigo la dedicación espiritual completa. Y en lo que al ejercicio de la Medicina se refiere, bien ejercida, es profesión casi sinónima de abnegación.

Es decir, que se han considerado tradicionalmente vocacionales a las profesiones que, bien ejercidas, exigen la dedicación generosa y total del sujeto que las ejerce.

Por consiguiente, las profesiones son tanto más vocacionales cuanto mayor entrega suponen al objeto al que se dedican.

Así, la ciencia, la investigación, tanto científica como literaria; el arte en sus diversas manifestaciones, la política, la milicia, todas las profesiones que, bien ejercidas, suponen grande y especial dedicación del sujeto que las ejerce, necesitan tanto más de la vocación cuanto mayor y más especial dedicación requieran.

Según este criterio, no necesitan ser vocacionales las profesiones primarias: labrador, pastor, cazador primitivo, porque son ocupaciones sencillas y globales, es decir, son profesiones que ejercitan cualidades que, en mayor o menor grado, todo el mundo posee y para las que no se necesita preparación especial.

No lo son tampoco todas las profesiones que ejercitan mecanismos que, una vez establecidos, apenas si tienen que ver con la voluntad ni con la vida psíquica: la mayor parte de profesiones obreras, la gran mayoría de empleos, etc.

Es decir, que hay profesiones que requieren aptitudes especiales en alto grado y profesiones que no las requieren. De las primeras se dice que necesitan aptitud. De las segundas, no.

Que hay profesiones que requieren dedicación, entrega absoluta o casi absoluta, y a éstas se les exige vocación. Y las hay que no la requieren, y éstas pueden ejercerse sin necesidad de vocación especial.

FACTORES DETERMINANTES DE LA VOCACIÓN

Analizando un poco los factores que intervienen en la actividad de toda profesión que para bien ejercerla necesita entrega y condiciones especiales, encontramos como factores principales:

A) La inclinación o simpatía por ella se determina en un primer momento.

B) La aptitud o capacidad. Es de todo punto indispensable. Sin condiciones para la profesión de que se trate no hay medio de triunfar en ella. Sin condiciones de investigación, sin paciencia metódica no hay investigador posible; sin aptitudes artísticas no se logra el artista, de cualquier género que sea; sin espíritu de renunciamento no hay religioso; sin gusto por el mundo de la infancia y sin dotes de intuición no hay maestro. Claro que la aptitud o capacidad se acrece tanto con la preparación y con el ejercicio fervoroso cuanto mejor sea esta preparación y cuanto más sistemático y hábil sea el ejercicio. Pero ninguna preparación, aunque sea exce-

lente, y ningún ejercicio, por sistemático que nos lo imaginemos, es capaz de convertir en observador profundo a un espíritu superficial ni es espíritu ágil y agudo a un tonto de *nativitate*.

C) En las profesiones sociales es indispensable también capacidad de amor y sacrificio con relación al objeto a que la profesión se consagra. No puede concebirse al sacerdote, al médico, al maestro, al político, a la visitadora social, sin capacidad de amor y, por tanto, sin espíritu de sacrificio para el objeto a que se consagra: la Iglesia, el enfermo, el alumno, la sociedad, el desgraciado... Ciertamente que en la práctica se dan muchos sacerdotes, médicos, etc., incapaces de sacrificio por la Iglesia, el enfermo, el alumno, la sociedad, etc.; pero éstos son sacerdotes, médicos, maestros, políticos, visitadoras, o lo que sean, indignos de su misión. No cumplen con ella. A éstos, desde luego, no nos referimos aquí. Para los que verdaderamente lo son, el amor y el espíritu de sacrificio constituyen cualidades esenciales.

D) Gusto por los deberes que la profesión ha de cultivar. Este factor es en gran parte consecuencia del anterior; con capacidad de amor y sacrificio por la profesión, los deberes que ella impone se encuentran livianos y agradables, por pesados que estos deberes puedan ser.

Y, en general, todas las profesiones liberales, hasta pudiera decirse que todas las profesiones, por modestas que puedan ser, bien ejercidas, postulan siempre amor y cierto espíritu de sacrificio para con ellas mismas, pues las ciencias, las letras, el arte, los oficios, etc., al requerir y agotar en sí la actividad del científico, el literato, el artista o el artesano, exigen de éste el amor, la entrega, a veces total, y con frecuencia el sacrificio continuado. Piénsese, si no, en el artista, que ha de vivir para su obra si es un artista de verdad—Gaudí, Goya, Rembrand—; en el científico, consagrado a sus tareas investigadoras—Cajal o los Curie, por ejemplo—; en el literato, que desdeña el interés de cada día en el afán de lograr su obra—Cervantes—; en el artesano, por modesto que sea—el alfarero que modela sus vasijas con amor, el zapatero orgulloso de la calidad de sus zapatos—. Las grandes marcas industriales tienen su origen en el descubrimiento, en el hallazgo del producto que la marca explota, descubrimientos y hallazgos que lograron casi siempre los artesanos a fuerza de buscarlos con amor y sacrificio. Es decir, que la capacidad de amor y sacrificio es la base del carácter que necesita la vocación de que se trate.

E) Conciencia y escrupulosidad hasta en las cosas menudas relacionadas con la profesión.

F) Y por último, tenacidad, perseverancia, o sea, dedicación al deber y deberes específicos que la vocación supone. Este factor es común a todas las vocaciones.

El segundo, el tercero y el último de estos factores, o sea, la aptitud, espíritu de sacrificio y la tenaz dedicación al deber, son los factores verda-

deramente fundamentales, los factores que pudiéramos llamar primarios en toda vocación. De los demás, la inclinación puede ser consecuencia de la aptitud y el gusto por los deberes que la profesión impone, y la conciencia y escrupulosidad son, en gran parte, consecuencia de la aptitud, del espíritu de sacrificio y del culto al deber. Estas cualidades se dan casi siempre que las primeras existen y se las ejercita. Son, por tanto, caracteres secundarios derivados de los primarios.

¿PUEDE DARSE LA VOCACIÓN SIN LOS FACTORES QUE LA DETERMINAN?

¿O AL CONTRARIO?

Puede darse, desde luego, la inclinación por una profesión sin poseer la aptitud o capacidad que tal profesión requiere. Es muy corriente llamar vocación a esta inclinación, determinada muchas veces por el capricho, por la moda o por las condiciones del ambiente.

No es, ni mucho menos, único el caso del muchacho que alegremente se inclina por una profesión porque su novia prefiere esta profesión a todas las demás. Ni el del que se inclina y dice sentir vocación por la profesión opuesta a la que su familia prefiere, movido por el afán de llevar la contraria. Ni el de la persona que elige una ocupación opuesta a la ocupación en que fracasó.

Son muchos los muchachos que han sentido inclinación por la vida religiosa a raíz de un amor contrariado. Gran número de muchachos y muchachas campesinas sintieron vocación de maestras en decenios pasados porque el magisterio era una carrerita corta asequible a sus modestos medios familiares.

Y ya hemos aludido antes al favor que gozan actualmente ciertas profesiones por las que multitud de muchachos que carecen de condiciones para ellas se sienten inclinados porque estas profesiones gozan de gran predicamento social o porque proporcionan—o se cree que proporcionan—pingües y cómodos beneficios.

En algunos de estos casos, la pseudovocación, es decir, la inclinación, llega frecuentemente hasta la terquedad. Si a esta inclinación más o menos terca, o más o menos continuada—la continuidad depende del carácter del sujeto o del cambio de circunstancias—, la llamamos vocación, claro que puede darse la vocación sin los factores que la sustentan. Pero estas inclinaciones, pasajeras o no, están muy lejos del complejo de condiciones que, según hemos visto, constituye la verdadera vocación.

* * *

Muy frecuente es también el caso contrario. Es decir, el caso del sujeto que posee los factores determinantes de la vocación—todos o parte de ellos—: aptitud, espíritu de sacrificio, gusto por los deberes específicos de la pro-

fesión, conciencia y escrupulosidad, capacidad de dedicación al deber, etc., y que, sin embargo, no ha sentido inclinación por la profesión de que se trate, porque apenas la conocía o porque la encontraba tan lejos de sus posibilidades que la dejó de lado. ¿Cuántos muchachos de clases modestas no hay que poseen condiciones tales que, colocados en otro ambiente, se despertarían en ellos elevadas vocaciones?

Muchas personas hay con generosidad, paciencia, gusto por el mundo de la infancia, ingenuidad y dotes de intuición en alto grado, y no se han sentido inclinados al Magisterio.

¿Por qué?

Pues porque aspiran a mayores beneficios, a vida más cómoda o mejor posición social que la que el Magisterio proporciona, o bien, sencillamente—sobre todo en el caso de algunas muchachas—, porque no se les ha ocurrido.

Es decir, que, con frecuencia, el que el ambiente social sea o no favorable, el que se tengan otras aspiraciones o el carecer de noticias y de medios sobre actividades determinadas es causa de que no se manifiesten por ellas inclinaciones para las que los sujetos están bien dotados y que se manifestarían pujantes si las circunstancias cambiaran.

Gran número de muchachos y muchachas que poseen condiciones excelentes para la investigación científica, y hasta para la creación literaria, no han sentido por ellas la menor inclinación, sencillamente porque vivieron o viven en ambientes en los que estas actividades no cuentan para nada. Walter Scot comenzó a escribir pasados los cuarenta años porque antes no había estado en condiciones de poder dedicarse a la literatura.

De Luis XVI se cuenta que era un excelente cerrajero y relojero.

APTITUDES MÚLTIPLES

El hecho de que muchas personas que triunfan en unas profesiones tienen grandes condiciones para otras—el gran filósofo Espinosa, que era un buen pulidor de lentes; excelentes médicos que son buenos literatos; literatos apreciables que son excelentes marinos; buenos militares y excelentes literatos, todo en una pieza, como nuestro Garcilaso; científicos que a la vez son grandes artistas, como Leonardo de Vinci; lo plurifacético de muchas de las grandes figuras del Renacimiento, etc.—demuestra que en casos de personas muy bien dotadas, y, en escala más modesta, en el caso de personas corrientes, las aptitudes pueden ser y son muchas veces múltiples.

De ordinario, todos sabemos que la mayor parte de las personas sirven para varias cosas, a veces muy diferentes, aunque tampoco sean escasos los casos de personas que apenas sirven para nada que valga la pena.

O sea que, siendo las aptitudes varias, la inclinación se manifiesta por unas o por otras, determinada por circunstancias del ambiente: consideración social, facilidad de encontrar agradable y buena colocación, acicate de la ganancia, carencia de medios más favorables en circunstancias personales, etc. Y en nuestros días, en los que la excesiva especialización profesional mutila al espíritu, haciendo sentirse insatisfecha a una gran parte de la Humanidad, es cosa corriente el que, además de la profesión que sirve para cubrir las necesidades de la vida, todo el mundo procure tener otra secundaria que, a la vez que proporcione una ayuda para vivir, satisfaga las apetencias que cercena la mecanización en que con frecuencia se convierte la especialización a ultranza. Esta profesión secundaria se incrementará considerablemente con el aumento de horas libres, que será consecuencia del maravilloso progreso del maquinismo, que hace prever, en un futuro bastante próximo, la necesidad de que esta profesión secundaria sea indispensable sobre todo a los habitantes de las grandes ciudades, obligados a ocupar sus horas de ocio profesional en alguna ocupación que deleite y que dignifique.

Así, pues, llegamos a la conclusión de que si las aptitudes son casi siempre variadas en la misma persona—si bien, claro está, con más o menos eficacia unas que otras—, si las inclinaciones están determinadas por las aptitudes o capacidad y si la vocación está constituida por una serie de factores, entre los que se encuentran aptitudes e inclinación, y por multitud de circunstancias contingentes, no puede afirmarse de una manera absoluta que la vocación sea algo irresistible y absoluto.

Salvo el caso del irresistible deseo de la llamada sobrenatural, de la irresistible necesidad de entrega a Dios que supone la verdadera vocación religiosa—y que no constituye, ni mucho menos, la verdadera causa determinante en todos los que abrazan el estado religioso—, hablando en términos generales, no podemos decir que cada persona posea una vocación determinada, sino que cada persona es apta para una serie de ocupaciones, entre las que prefiere una u otra según la que resulta más adecuada a sus gustos, sus conveniencias y las circunstancias contingentes de ambiente, etcétera, en el momento en que debe decidirse.

Entre estas ocupaciones hay unas más absorbentes que otras; las hay que requieren aptitudes específicas y las hay asimismo que requieren mucha mayor generosidad y espíritu de sacrificio; del mismo modo que las hay que requieren mucha mayor y más profunda capacidad intelectual. Pero todas estas aptitudes pueden ir—y de hecho van frecuentemente—asociadas, por lo que las posibilidades dentro del mismo individuo son casi siempre múltiples y se hallan en estrecha relación con las circunstancias en que se desenvuelve la vida; circunstancias que combinan las aptitudes e inclinaciones personales con las condiciones impuestas por la vida exterior.

Zapatero, a tus zapatos, dice el refrán popular, y dice muy bien. Cada

cual debe dedicarse a la tarea para que es más apto, o todo lo más, a unas cuantas tareas relacionadas entre sí para las que está bien dotado.

El problema consiste en determinar quién rinde más y es más feliz haciendo zapatos, quién haciendo monteras y quién es capaz de hacer a la vez zapatos y monteras a la perfección. ¿Cómo podemos saberlo? Observando en los muchachos la inclinación y las aptitudes principales, y jerarquizándolas, para lo cual contamos hoy con gran número de pruebas.

Cultivando los factores que integran las aptitudes predominantes que el muchacho demuestre poseer y tratando de adecuar estas aptitudes predominantes a las condiciones del ambiente.

QUÉ HA DE ENTENDERSE, POR TANTO, CUANDO SE HABLE DE VOCACIÓN
Y QUÉ NO HA DE ENTENDERSE

De cuanto llevamos dicho se desprende que al hablar de vocación o de condiciones vocacionales ha de entenderse:

A) Que, salvo en casos excepcionalísimos de irresistible inclinación por una actividad determinada, *vocación por algo* significa posesión de un conjunto de factores primarios que determinan otros secundarios.

B) Como factores primarios tenemos la aptitud, la inclinación y la capacidad de amor y sacrificio por la actividad de que se trate. Capacidad que, bien cultivada, dará como resultado la dedicación a los deberes que la vocación supone. Esta dedicación vence gran cantidad de obstáculos y hasta acrece la aptitud. Por eso las personas que le rinden culto son las más aptas para multitud de actividades, porque su dedicación escrupulosa las hace triunfar casi siempre.

C) Que estando la vocación integrada por varios factores primarios, siempre que existen algunos hay posibilidad de vocación, y que ésta será tanto más seria cuanto más factores se den.

Así, pues, en casi todas las personas existen capacidades varias, a veces múltiples y hasta afines. El secreto está en determinar cuál de ellas es la predominante. Por tanto, más que un coto cerrado, la vocación es un campo con posibilidad de distintos cultivos, entre los que ha de elegirse el más adecuado.

D) Que además de las capacidades múltiples que se manifiestan, en casi todas las personas existen latentes—en potencia—capacidades que no se han manifestado por falta de circunstancias adecuadas, y que estas capacidades pueden ponerse de manifiesto en cuanto las circunstancias sean favorables. ¿Habría podido Pizarro ser el magnífico conquistador de haber continuado cuidando puercos en Extremadura?

E) Que como la tenaz dedicación es un factor predominante, el fortalecimiento de la voluntad es siempre fundamental y previo a todo lo demás.

Y, salvo cosas excepcionalísimas, no debe entenderse de ningún modo

que haya existido en la mente divina desde el comienzo de los tiempos una determinación vocacional que constituya el destino de cada individuo, sino que, en su infinito amor y sabiduría, la Providencia dotó a cada cual—en mayor o menor grado, claro está—de posibilidades variadas para que nuestro propio destino sea obra de nuestro libre albedrío. Para que nuestra voluntad elija—de acuerdo con las circunstancias—la más adecuada de las posibilidades con que contamos, se identifique con ella y la cultive con amor.

LA VOCACIÓN DEL MAGISTERIO

Conocí a una maestra que abandonaba lamentablemente sus deberes profesionales por dedicarse a un negocito que la proporcionaba ingresos suplementarios—pero que antes de dedicarse al negocio tampoco se había preocupado demasiado de la Escuela—, que cuando se la requería para que dejase la Escuela si el negocio la convenía más—según ella aseguraba—, replicaba indignada:

—¿Dejar la Escuela? De ninguna manera. La Escuela es mi consuelo. Yo soy, antes que nada, maestra. El Magisterio es mi vocación verdadera.

Intenté saber un día qué entendía ella por vocación del Magisterio, y replicó muy convencida:

—Creo que resulta clarísimo. La vocación es lo que a uno le llama más fuerte que nada. Vocación para el Magisterio es sentirse maestra por encima de todo.

* * *

Sentirse maestra por encima de todo y, sin embargo, posponer los deberes que el Magisterio supone a multitud de otros deberes y aficiones de la vida. Este es el caso de muchos que descuidan su labor docente y que, sin embargo, aseguran: «La vocación en el Magisterio es lo primero de todo. Si se tiene vocación, lo demás viene por añadidura. Sin vocación no hay maestro posible.» Confieso humildemente que, por más que lo intento, no llego a entender tales cosas, porque, según estamos viendo, la verdadera vocación supone la entrega a los deberes que la vocación impone, por duros que estos deberes sean, y de ordinario lo son.

Pero, por otra parte, identificar vocación con deber supone admitir que esta cosa compleja que llamamos vocación del Magisterio supone como factores primarios:

A) Inclinação por ella.

B) Aptitud para las tareas de la enseñanza, lo que, a su vez, comprende: gusto por el mundo infantil; energía, paciencia y perseverancia; inteligencia clara para apreciar a la vez conjunto y detalles; dotes de intuición y buena preparación técnica, preparación que lleva consigo un esfuerzo de superación constante; etc., etc.

C) Gran generosidad y espíritu de sacrificio para dedicar la vida a una actividad tan hermosa, pero humilde y pesada, que, social y económicamente, da muy poco.

D) Conciencia, escrupulosidad, rectitud hasta en las cosas más menudas, porque ha de predicarse siempre con el ejemplo.

E) Y, por fin, perseverante tenacidad, o sea, entrega sin desmayos. Todo ello conjugado con gracia y alegría para que el deber no resulte duro ni repelente.

Es decir, que un muchacho o muchacha que sientan gusto por el mundo de la infancia, que sean inteligentes, generosos, escrupulosos, limpios de conducta y que se entreguen con toda su alma al cumplimiento del deber, pueden llegar a ser buenos maestros si se preparan técnicamente. Y que de no poseer esas cualidades básicas o primarias no serán buenos maestros de ninguna manera, por mucho que técnicamente se preparen, es decir, por mucho que cultiven los factores secundarios. Aunque posean todas las demás cualidades, si no son capaces de entregarse a los duros, humildes y hermosos deberes que el Magisterio supone, deben dejar la ocupación por otra que les vaya mejor. O sea que, entre los factores esenciales, el culto al deber es primerísimo.

Podrían, si están bien dotados, ser buenos artistas en alguna de las manifestaciones del arte, si tienen fantasía creadora en esa dirección; buenos políticos, si poseen condiciones de dominio de las masas; buenos industriales o buenos profesionales de todas las otras profesiones para con cuyos deberes se sientan más afines; pero buenos maestros no lo serán nunca sin dedicación al deber, por mucha vocación que crean tener para el Magisterio.

La vocación del Magisterio no es propiamente un algo inefable, ni tampoco un algo sustantivo que puede oponerse a todo lo demás, sino una integración de cualidades, un complejo de factores esenciales y menos esenciales. Sin los factores esenciales, o sin alguno de ellos—aptitud, espíritu de sacrificio, culto al deber—, no hay vocación verdadera. Los secundarios: preparación técnica, habilidad, etc., pueden adquirirse. Y entre los primarios, la entrega al deber es tan fundamental, que sin ella hasta las mejores aptitudes pueden fracasar.

DRA. CONCEPCIÓN SAINZ-AMOR.

Profesora de la Universidad de Barcelona.